

ALEKSANDAR TIŠMA

LEALTADES
Y TRAICIONES

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Vere i zavere*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1983 by Aleksandar Tišma
© 1983 by Nolit, Belgrado
© de la traducción, 2019 by
Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pištelek
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-53-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 5492-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La oferta de comprar o canjear el piso cae como semillas arrojadas en un suelo fangoso y estéril. Cansado, el dentista Rudić se queda al margen y pierde el tren de las nuevas corrientes que apoya el mundo actual; su mujer está ocupada con los añicos de su vida dominada por el sentimentalismo. A él le gustaría tener tranquilidad; ella ve en sus temerosos intentos de aislamiento indicios de infidelidad. Tiene celos por primera vez en cuarenta años de matrimonio porque por primera vez su pareja la aventaja. A ella ya nadie la necesita, mientras que él, en opinión de su esposa, aún podría ser atractivo para alguna mujer, o al menos imaginarse que lo es. Lo evalúa según su propia naturaleza, lo que ella misma haría si estuviera en su lugar. Su marido todavía tiene oportunidades. Los días laborables se dirige por la mañana al ambulatorio municipal y se pone la bata blanca que las enfermeras a sus órdenes le lavan y almidonan; ellas, como una suerte de alcahuetas, le introducen las pacientes, jóvenes, rollizas, complacientes hasta la sumisión en esa coyuntura de necesidad y trabajo. Durante el reconocimiento y la cura, las acomoda en una silla profunda que, mediante hábiles maniobras, abate hasta colocar en una posición casi yacente, para luego poco menos que acostarse sobre ellas, abrirles de par en par la boca carmesí y meterles sus espejitos y brocas y alicates y dedos, inspeccionar y sacar a la luz del día el interior para ponerlo a su disposición, para palparlo, para pellizcarlo, para lo que quiera. Las obliga a balar «Aaaa» como las ovejas, raspa, arranca y aplasta en ellas, impidiéndoles que se resistan con la presión de su vientre de anciano, ya flácido,

y sus rodillas delgadas, nudosas, apretadas alrededor y entre los muslos turgentes, los cuales roza disimulada y ávidamente. Ella ha pasado por todo eso muchas veces como parte contraria, pasiva, con un estremecimiento casi voluptuoso, presintiendo una oleada similar en aquellos odontólogos, ya medio olvidados, a los que acudía mientras aún temía por el destello de su sonrisa, así que ni se le ocurre liberar a su marido de la sospecha de tener pensamientos pecaminosos. Cuando viene a comer, ella observa fijamente su rostro, acecha el temblor de sus dedos mientras agarran la cuchara y parten un trozo de pan; revisa el cuello de la camisa y la corbata: por si acaso lleva algo desabrochado o torcido, un hilo traidor o una mancha de lápiz de labios. Si no encuentra ningún rastro del delito, del pecado, se siente todavía más engañada. «¿Qué has hecho hoy?», lo ataca con su voz tenue de trinos rusos, primero con un engañoso tono tranquilo, y luego, descontenta con sus respuestas indiferentes que él justifica por el cansancio, cada vez más enojada, más exigente: «¿A quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Con quién? ¿De qué?», para por fin estallar: «¡Como si yo no supiera cómo te entretienes, viejo verde!». La cuchara cae en el plato, la sopa se derrama, el dentista se mesa el pelo pegajoso y encanecido, ella derriba la silla y huye al dormitorio, él se levanta y, con pasos entumecidos, vacilantes, va de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana, intenta leer el periódico, tranquilizarse con un cigarrillo, hasta que su mirada tropieza con la mesa, con los platos amontonados en los que se ha enfriado la comida, y lo embarga la tristeza de la inutilidad, del esfuerzo malgastado, de la esperanza defraudada de alcanzar la armonía. No puede aguantarlo mucho tiempo. Se dirige a la habitación para persuadirla de que vuelva y, como ella sigue callada, se aproxima al lecho y se sienta en el borde, susurra palabras cariñosas a su espalda estrecha, sacudida por los gemi-

dos, la intenta convencer de que él sólo le pertenece a ella y de que no piensa en ninguna otra, de que trabaja en el ambulatorio no porque le guste, sino para mejorar la pensión con un dinero extra, y entonces sus susurros se vuelven insistentes porque sabe que únicamente él puede ablandarla, y también movido por el ánimo mudo que su resistencia casi le impone. Metiéndose bajo el edredón, se arrima a ella y, espoleando su fuerza lacerada, intenta romper su enfurruñamiento con la virilidad. El apareamiento jadeante los atolondra por un momento y él consigue inducirla a retomar el día donde lo habían interrumpido. Pero dentro de ella queda un aguijón de amargura y sospecha, porque el deseo que él ha manifestado no sólo contradice la fatiga que invoca en todo momento, sino que además le parece forzado. Ahora es ella la que calla, mientras él, turbado al ver que el abismo está a punto de abrirse de nuevo, pugna por entretenerla, describiéndole de nuevo su jornada laboral, adornándola con sorprendentes anécdotas e incluso bromas a costa de sí mismo. Trajina por la casa buscando su cercanía, abre una botella de vino, le llena un vaso, le propone escribir una carta a Sergije, así sin más, a pesar de que esperan su visita dentro de pocos días. La está distraendo astutamente, metiéndole en la cabeza al hijo, tan mayor, inteligente, triunfador. Y, en efecto, logra que se enternezca, y que se entristezca un poco, porque Sergije no está allí a su lado, sino que sólo va de visita, una vez a la semana, como por compromiso, e incluso entonces más bien va para ver a su padre, con el que siempre encuentra motivo de conversación íntima, mientras que a ella ni la ve, la besa fría y distraídamente; sabe de sobra que lo ha perdido, porque ahora es prisionero de la otra, de su esposa, que lo ha hechizado con su aparente fragilidad, su debilidad, que son sólo pretextos para mantenerlo lejos, en realidad para mantenerse a distancia de ellos, los padres de su marido,

que, al parecer, no son suficientemente buenos ni distinguidos, por eso les escatima a su propia nieta. Todos se alejan de ella, todos la rechazan porque es vieja: mientras eres joven, todos te quieren, pero cuando envejeces te conviertes en una carga. Rudić no lo ve así porque, a pesar de ser viejo, tiene todavía sus intereses, se zambulle en la lectura de una revista profesional de medicina, un libro de memorias, el periódico, pero lo más importante es mantenerla a ella a flote para que no se hunda en la desesperación, por eso le lleva la contraria, mientras bebe en solitario, porque a ella el vino le produce ardor de estómago. Y al beber le da un nuevo motivo para la amargura porque, en este placer ordinario, él encuentra consuelo, lo hace revivir, sus ojos se enturbian como antaño, habla de manera desenfadada, le vienen a la mente pensamientos veloces, audaces, rejuvenece. ¿Y qué la hará rejuvenecer a ella? Nada. Con este suspiro se acuesta por la noche junto a él, que empezará a roncar, avivando su indignación y su insomnio.

Sergije los visita, en efecto, por compromiso y, además, de mala gana; pero, cosa que su madre no sabe, también como fugitivo. Él nunca se lo confesaría, aunque presiente que eso la calmaría por fin. Pero no necesita su calma, su perdón, ni que su madre lo estreche contra el pecho entre lágrimas. Huye de estos pechos que se balancean de forma perceptible bajo las blusas y los vestidos que se deslizan de los caídos hombros femeninos, los rehúye porque llevan la marca ardiente de la caída del padre. Por esa caída también se distancia cada vez más de su progenitor, aunque en general sigue sintiéndose cercano a él e incluso parecido. La misma constitución huesuda cubierta de una piel clara y vello rubio, una cara cuadrada de rasgos breves y una frente baja e inclinada; la misma perseverancia para conseguir lo que desea, la misma laboriosidad, la misma curiosidad. En la época en la que todas estas características de Sergije aún no se habían consolidado ni destacado, a él le parecía que su padre era el modelo de su propia perfección. Quería ser, se esforzaba en ser como ese hombre, misteriosamente ausente durante el día, que a su vuelta introducía en la casa un paso y un saludo firmes, un ajetreo alrededor de la mesa puesta en la que con estrépito se depositan los platos de embutidos y quesos, y la botella de vino sólo para él; que vierte las palabras amargas y duras del hombre experimentado por encima del periódico, interrumpidas únicamente por el roce de las hojas desplegadas. Pero, a medida que su aspecto y su carácter lo acercaban a él, del fondo mismo de este acercamiento que era la madurez viril, empezó a cernirse sobre su modelo una sombra cada vez más densa y empa-

ñada. La sombra provenía de la cara radiante de su madre, considerada desde esa misma madurez como la servidumbre, la sumisión femenina con la sopea en las manos y los ojos bajos, a la que el padre contraponía su sonora firmeza como un gran miembro tieso. Este juego de luces y sombras le reveló posteriormente el sentido de aquellos susurros y chirridos nocturnos que hasta entonces sólo había advertido de manera fugaz en su agitado sueño de niño, pero que luego, como un espejo, se reflejaban en la mirada socarrona que dirigía a sus autores. A su madre, que durante la infancia lo había acosado con sus nimias veleidades educativas, semejante mirada ya no podía afectarla, pero sí era perniciosa para aquel que la dominaba en apariencia juiciosamente. Veía a su padre, ese firme pedazo de hombre, como un prestidigitador, parecido a los levantadores de pesas y tragafuegos que llenaban los intermedios en las sesiones cinematográficas de la tarde, y escuchaba sus palabras, también, como la palabrería con la que estos actores llamaban la atención del público sobre sus hazañas a la vez que disimulaban sus supercherías. El padre comentaba la política. Como hombre culto de origen campesino sin vínculos con la administración pública, pertenecía a la oposición; cada vez que había elecciones, proclamaba orgulloso que había votado contra el Gobierno y se mofaba de los funcionarios gallinas de su círculo de conocidos, que a escondidas le felicitaban por su valor. Sin embargo, este mismo hombre era un gran amante de los desfiles militares y llevaba a su hijo a la Plaza Mayor cuando iba el rey, rechazaba las invitaciones de sus parientes del pueblo, que por otra parte alababa como su cuna; para la fiesta del santo patrón de su familia, invitaba a su casa a un pope gordinflón para que bendijera el pastel y, agasajándolo con vino y hojaldres salados, asentía sumisamente ante la declamación de proverbios piadosos de los que por lo general solía burlarse. Una vez que en-

viaron a Sergije para que le llevara a su padre el paraguas a la consulta, porque el tiempo había empeorado repentinamente, después de subir por la desvencijada escalera de madera a la primera planta de una casa que hasta entonces sólo le habían enseñado desde fuera, encontró al mago de su imaginación haciendo girar con el pedal el torno de la fresa dental introducida en la mandíbula de una mujer que tenía las piernas macizas separadas y llevaba unos botines llenos de barro. Sergije se acercó y le entregó el paraguas como si fuera una espada en su vaina, y su padre dejó de mover el torno y sacó la fresa dental de la boca abierta de par en par, susurrando una disculpa por la interrupción mientras acompañaba a su hijo hasta la salida. La mujer de los botines le estrechó a Sergije la mano mostrando su desdentada sonrisa y el padre, inclinándose, le agradeció su benevolencia, como si confirmara la condición humillante de su profesión y su completa dependencia de la ejecución exacta y concienzuda de su trabajo. En esta cara sumisa del comportamiento paterno, tan opuesto a sus criterios, Sergije descubrió también con horror algo carnal y aún peor que los ruidos nocturnos, porque era afeminado y por lo tanto antinatural. Era un punto de asco después del cual uno sólo podía volver la cabeza y marcharse; de modelo, el progenitor se había convertido en una vergüenza. Pero esta vergüenza, apoyada al mismo tiempo en el descontento y en la prudencia acomodada, se tornó, en el momento de la desesperación, del arrepentimiento bajo la horca, precisamente por el doble apoyo, en una pequeña pero única fortaleza en el turbio horizonte del hogar y de la vida; presa del terror ante la muerte, Sergije le escribió su primera y última carta sincera, una carta suplicante y de agradecimiento del hijo a su padre, que, en realidad, anuló toda su rebeldía juvenil. Y más tarde sus dos matrimonios, ambos fracasados, despertaron en él la sospecha de que quizá había estado

demasiado convencido de que la relación con una mujer puede construirse sin preparativos calculadores ni adaptaciones contritas; empezó a ver en su padre a un campeón de la conservación de la familia, que él todavía necesitaba. En Belgrado, donde vive, Sergije ya no la tiene: está separado de su mujer, de su hija, en cuyo destino no puede influir; se tambalea como un vagabundo, pero de esos que se fijan con anhelo en la ventana iluminada presintiendo tras ella, con pena y espanto, caras conocidas a las que no puede acercarse. Esta soledad, que sabe que proviene de su incapacidad para comportarse como un hombre verdadero y responsable—cosa que antaño había reprochado tanto a su padre—, lo hace menos crítico; quedarse en sus días libres en el terreno de semejante certeza significa para él exponerse a una tortura y a un calvario vanos y sin fin, así que el hecho de tener un hogar donde lo reciben y esperan, donde lo aman e incluso lo necesitan, representa para él ahora la fortaleza surgida de la misma salvación que brilló ante él en el momento en que peligraba su vida. Ésos son los días en los que abandona precipitadamente Belgrado y su piso de soltero, y se marcha a Novi Sad, al encuentro de su padre y de su madre.

En este cambio de ambiente, en el intervalo entre uno y otro, hay realmente algo liberador, como si flotara. No pertenecer ni aquí ni allá. No pertenecer a ninguna parte. Limitarse al íterin y al intersticio, que por lo demás no son amplios: unas dos horas para apenas ochenta kilómetros. En los primeros años, el medio para recorrerlos era el ferrocarril, su organización casi militar con los revisores uniformados que entran para inspeccionar los billetes como si practicaran un registro domiciliario—examinan el anverso y el reverso del billete, sin olvidarse de echar una mirada fugaz al titular, por si también en él pudieran descubrir algo irregular, como que fuera un ternero o un codrilo que se ha colado entre los hombres—, la estación, una construcción singular y funcional, con sus corredores largos, populosos, expuestos a las corrientes de aire y húmedos, calurosos en verano, que llevan hasta los andenes como calles y, sin embargo, particulares, diferentes, en los cuales se encuentran los vagones, como una suerte de casas móviles sobre los raíles trazados con increíble constancia y cálculo entre las ciudades, cruzando ríos y campos, con sus compartimentos como habitaciones, donde los bancos, duros y blandos, huelen a madera, a cuero y a hierro, a aliento humano, a la orina de los inodoros, con el monótono traqueteo metálico y la ancha ventana a través de la cual se abre la vista al paisaje que retrocede, a las estaciones en las que se detiene brevemente, al tendido eléctrico cuyos cables se mecen arriba y abajo desde lo alto de los postes. Luego, en los años cincuenta, Sergije empezó a preferir el transporte en autocar, cada vez más frecuen-

te, sobre todo por su mayor puntualidad y rapidez, pero también porque se viajaba más relajado; por las paradas construidas con material translúcido, bien señalizadas en el suelo de las calles; por los coches de línea que, cual bestias de tiro grandes y bonachonas, se detenían justo delante de los viajeros y en los que, subiendo dos pequeños escalones, uno podía montar en el último momento, a menudo sin billete porque se podía comprar también al revisor, un joven en camisa que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón un puñado de calderilla para el cambio; por la buena disposición de los asientos y la seguridad de que vas a obtener uno; por su mayor parecido con un vehículo que con una casa móvil, toda vez que ya has abandonado deliberadamente tu hogar. Ahí no miras con anhelo por la ventana—es pequeña y está cubierta de abrigos—como un prisionero en su celda; al contrario, tu atención está dirigida al interior, hacia tus compañeros de viaje, apretujados, sin tabiques ni posibilidad de cambiar de lugar, lo que no sólo te priva de los descubrimientos que son el premio de toda restricción, sino que también impide elegir el rostro en el que quieres concentrar la atención. Es una suerte de lotería a la que Sergije se resigna, igual que lo hacía antes con las reglas estrictas pero no tan delimitadas del ferrocarril. Ni siquiera se da cuenta del cambio, de la diferencia, salvo cuando, por casualidad, al perder el primer autobús, va a la estación ferroviaria—que tanto en Belgrado como en Novi Sad se encuentra junto a la de autobuses—, coge un tren y empieza a recordar sus viajes anteriores. Entonces le vienen a las mentes caras y personas de diez años atrás, viajeros y revisores, que así, sin más, nunca recordaría, alguna anécdota, partes de una conversación, un hombre que en un tren nocturno tosía sin cesar, una tos que brotaba de su pecho seco y cavernoso, y que encendía un cigarrillo tras otro, sin que la mujer, sentada enfrente,

se lo reprochara una sola vez; una moza lozana que, de regreso a su pueblo, bromeaba con unos ferroviarios que habían acabado su servicio a cuenta de su marido ausente, al cual todos ellos conocían; un aldeano descalzo, flaco y medio apollado, tocado con la *šajkača*, el típico gorro militar serbio, que, al aceptar el cigarrillo que Sergije compasivamente le ofreció, le contó con detalle sus andanzas por la región de Bačka en busca de un trabajo de jornalero al cual lo obligaba la escasez de su propia finca, que, incluso descrita de esa forma más bien desfavorable, daba la sensación de ser inventada, inexistente. Dónde están esas personas ahora, se pregunta Sergije, y se las imagina una década más viejas, o incluso muertas, rígidas y podridas bajo tierra, y le parece que estos viajes entre Belgrado y Novi Sad, y Novi Sad y Belgrado son la única realidad que tiene su desarrollo y sus tramas, que mide los cambios y el envejecimiento, y le parece también que los objetivos hacia los que conduce se han congelado, estancado en la inmovilidad. Luego se da cuenta de que se trata de una ilusión, de que en realidad los cambios suceden aquí y allá, sólo que la repetición los hace palidecer en relación con estas personas que el recuerdo ilumina como un relámpago, y que cada criatura, él mismo, sus padres, su mujer y su hija, a la luz de semejante rayo, representan algo irrepetible e irrecuperable. Esta certeza le produce angustia, es consciente de que el instante de irrepetibilidad y de irrecuperabilidad puede ocurrir en cualquier momento, en cualquier ocasión inesperada, y la angustia se intensifica aún más cuando se da cuenta de que ese instante, o esos instantes, de hecho ya han pasado y de que cada uno de los seres hacia los que viaja y de los que acaba de separarse conforman, junto con él, una suma de individuos también nítidos, formados y fácilmente reconocibles por ser definitivos. Lo definitivo le repugna. Le gusta imaginarse a sí mismo y a los que depen-

den de él o a aquellos de los que él depende como inacabados, corregibles, sometidos a una nueva formación futura. Y así se siente, como si su vida apenas hubiera empezado y sólo dependiera de él la dirección que tome, y como si estos viajes fueran pruebas, incursiones exploradoras hasta una u otra posibilidad que él examinaría para luego aceptar una y desechar la otra. O para no aceptar ninguna, porque, en realidad, las dos le parecen penosas. Sólo se siente cómodo cuando viaja y, concentrándose en el recorrido, puede encubrir, disimular su propósito. No es más que un cuerpo que brinca en el asiento de madera del tren o en el acolchado del autocar, junto con otros cuerpos indiferentes para él, y a la espera de que el viaje termine. Sintiendo sólo su peso, sus contornos que se rozan con otros contornos, vivos y sin vida, experimentando hambre o sed, impaciencia o fatiga, frío o calor. Como en aquel viaje que imaginaba con Franz Schultheiss y Milivoj Vujošević, a África, entre los enormes negros que recorren la sabana en fila india, con la cabeza alta, cada uno con un colmillo de elefante al hombro, acompañados por el sonido lejano y sordo de tambores. Aquello debería haber sido un viaje sin meta, precisamente con el único objetivo de marcharse, de escaparse, y dejar que el desenlace dependiera del azar del siguiente paso, del siguiente instante. Pero aquel viaje no se llegó a realizar, quedó en deseo, y quizá por eso fue el modelo de todos los que más adelante hizo o tuvo que hacer. Los cuales tampoco se realizan de la manera en que él los concibe en su interior mientras duran, como ahora sentado en el tren o en el autocar hacia Novi Sad o hacia Belgrado. El vehículo se para, Sergije se baja y sobre él planea, envolviéndolo o fustigándolo, el aire del lugar conocido, de la calle conocida, de la primera, la segunda, la tercera calles en las que uno no puede evadirse guiado por el azar, por lo imprevisible, sino que sólo puede pasar de una

a otra, siguiendo el orden con el que ellas se conectan para llevarlo a su destino. Ese destino indeseado que para él no es más que un sustituto del lugar de partida tampoco deseado. Una tapa que se levanta para ceder paso a otro espacio también tapado y sofocante. Y el único consuelo, en estos momentos, es la certeza de que lo aguarda la vuelta, el viaje de regreso hacia el otro destino.

Durante una visita a Novi Sad, en marzo de 1962, Sergije se entera de que el piso de sus padres ha cambiado de propietario: ya no es del Estado, sino que pertenece a los herederos de Jakob Lebensheim. La noticia es objeto de una atención pasajera y, como todas las noticias acumuladas a lo largo de una semana de ausencia, se vierte sobre la mesa del comedor, que espera servida al recién llegado. Allí están las tazas de té transparentes, el samovar de plata de la herencia de los Zarubin, los pasteles de miel y nueces que su madre compra en la pastelería, como sustituto de los caseros, pues no le da tiempo a amasar. Y también están allí, mezclándose casi como algo material, con un tintineo inoportuno, los partes sobre la desproporcionada factura del agua—porque en la casa del agrónomo, el vecino de la tercera planta, gotea el grifo—, sobre la muerte de un antiguo conocido, sobre el empeoramiento del reuma de la madre, a causa del cual anteayer no pudo levantarse de la cama, sobre la estufa que vuelve a echar humo, las flores de los tiesos que se han marchitado por la corriente de aire, las gatas *Topi* y *Ščuka*, que los crueles niños de la calle mortifican, o de las cuales se han quejado los vecinos porque se han metido en su despensa a revolver y ensuciar la comida, sobre una película que han visto, una noticia alarmante del periódico, una visita hecha o recibida. Todo esto, saliendo de la boca del padre o de la madre al mismo tiempo que las preguntas acumuladas, cruzándose con las respuestas de Sergije sobre la salud de su mujer y de su hija, su trabajo y preocupaciones, se funde, se diluye en el vapor aromático del té y en la dulzura de la miel y de las nueces, para finalmente

hundirse y desaparecer por completo en la rendición a la rutina habitual que se había establecido durante estos periódicos encuentros familiares. Después del té, considerado una suerte de merienda, aunque su horario varía, pues depende de si Sergije se retrasa a causa de alguna obligación imprevista para un sábado en Belgrado, él declara, estirándose, que le apetece dar un paseo porque en el autocar o en el tren se le han entumecido las piernas, justificándose así ante su madre, que se opone a esta salida, a este abandono, en su opinión, precipitado, en la misma medida en que el dentista Rudić, destinatario de este regalo, se alegra de él. Los argumentos en favor y en contra chocan, su madre sostiene que Sergije seguramente está cansado y que fuera hace frío o llueve o hace viento, él se arma de paciencia para repetir su deseo y necesidad ante las miradas de agradecimiento, torpemente disimuladas, de su padre, hasta que la resistencia cede y ellos dos cogen los abrigo en el vestíbulo y, aparentemente sin prisa, abandonan el hogar. Mientras recorren, una, dos, tres, cuatro veces el cuadrado de calles que rodean la casa, nace y se entabla una conversación de hombres sobre las mismas cuestiones mencionadas al principio de la visita y que se debatirán más adelante, a lo largo de las sobremesas, pero ahora se comentan de manera más rigurosa, más centrada, dejando aparte las exclamaciones, los detalles irrelevantes, puramente sentimentales, entre los que se va abriendo paso para ocupar finalmente su puesto el informe sobre lo más importante: las dificultades conyugales. «Realmente se está excediendo—afirma el padre, deteniéndose en la acera para subrayar su desconcerto—. Este climaterio que no termina nunca acabará conmigo. Se ha vuelto pedante, apática, no la reconozco. Se queja sin cesar de dolores, de achaques, y cuando insisto en que vaya a visitar a un colega, o yo mismo me informo y le traigo una medicina, no quiere ni oír hablar de ello.

Exagera sus problemas y no entiende en qué medida ella misma contribuye a ellos con su desorden y pánico. ¿Te puedes creer que, después de cuarenta y dos años de matrimonio, realmente estoy considerando el divorcio?». Sergije se siente incómodo, tanto por las constantes paradas, que odia y que además permiten que los transeúntes los observen y se enteren de lo que hablan, como por la confianza, que considera impropio, de mal gusto y de la que recela desde hace tiempo, porque cada vez que en años anteriores lo había animado: «Pues bien, entonces séparate», resultó que eso era lo único que su progenitor necesitaba, esa muestra de comprensión y connivencia, pero de ninguna manera un cambio verdadero, para el que le faltaban las fuerzas. Y así Sergije arrastra el paso de su padre entretejiendo con sus palabras como una masa pegajosa y pesada, por la cuadrícula de las calles, sabiendo que tanto lo uno como las otras se agotarán y que finalmente él devolverá al viejo aliviado, casi alegre, al lugar que había sido descrito como el infierno. «¡Ah, la cenita de nuestra buena ama de casa huele que alimenta, incluso de lejos!», entran en las habitaciones que en efecto huelen a manteca chisporroteante y a cebolla, porque es muy importante que en estos dos días, mientras está a su cuidado, Sergije compense sus privaciones, su soledad, durante su estancia tres veces más larga en la gran urbe. Él y su padre se sientan a la mesa; sin embargo, desde la cocina, con preguntas y peticiones, la madre también reclama un poco de la atención del hijo: si ya tiene hambre, qué tiempo hace fuera, o alguna novedad que no llegó a decirle durante la merienda, de manera que Sergije se levanta, pasa a la cocina, caldeada y saturada de vapor grasiento, responde, escucha, sortea a su madre, que corretea con una sartén o un cucharón, ahuyentando cualquier alusión a las enfermedades; su padre, que pierde la paciencia, lo invita a tomar un vasito de aguardiente antes de la

cena; él responde a su deseo, sale, bebe, para luego, requerido de nuevo por su madre, volver a la cocina y ver cómo los cacharros se amontonan encima del fogón y en el fregadero, amenazando con enterrarlo todo debajo de ellos. La cena se sirve en la mesa del comedor, que la madre, con las prisas de ponerse a cocinar, no ha llegado a recoger; todavía está allí el servicio de té al que se han unido los dos vasos y la botella de aguardiente; los hacen a un lado y, mientras la madre pone los platos, el padre lleva la vajilla sobrante a la cocina, donde el montón crece y aumenta de manera preocupante. Empiezan a comer, la cena es succulenta, aunque pesada para él, que ya no está acostumbrado a la comida copiosa y especiada de su madre, pero que precisamente por eso lo invita a la inmoderación. Se alcanzan los platos, los vasos llenos de vino, se corta la carne, se sirven cucharadas de verduras rehogadas, se mastica ruidosamente, se bebe con la avidez que suscitan los viejos recuerdos, y poco a poco se filtran también en la conversación las noticias ya comunicadas, la jaqueca de hace dos días, los líos con *Topi* y *Šćuka*, la estufa, pero esta vez todo con más tranquilidad, añadiendo detalles anteriormente omitidos, y así también se trata la devolución del piso a manos particulares. De quién en concreto no queda claro, a pesar del largo debate sobre los lazos familiares que se remontan al viejo Lebensheim, al que el dentista Rudić le había alquilado el piso después de unas negociaciones mantenidas una planta más abajo, donde Lebensheim había vivido y después muerto silenciosamente. Donde lo había cuidado su nieta, que heredó el piso, y luego lo vendió, pero no el de Rudić, porque en los años cincuenta habían nacionalizado el edificio. Al concluir la cena, regada con abundante vino, y sin retirar los platos en cuyos bordes ya se ha solidificado la grasa fría, roja, discuten un buen rato y hacen memoria de si fue antes o después de la muerte de Lebensheim; pero al

final ni siquiera tiene importancia, porque su piso no lo ha heredado la nieta que había cuidado de Lebensheim—por lo demás casada con un serbio, Milan Stepanov, al que Sergije conoce muy bien—, sino la otra nieta, que vive en Alemania, o en Austria, o por allí. Sergije se sobresalta, se acuerda no sólo de la, por aquel entonces, novia de Stepanov, que de verdad era alemana, sino también de una pariente suya, quizá precisamente la prima, algo más joven, pero ya antes de la guerra una muchacha muy atractiva con trenzas rubias y piernas bien torneadas; pregunta si tal vez es la misma que tonteaba con su amigo y compañero de pupitre Franz Schultheiss; pero sus padres lo ignoran por completo. El silencio se apodera de ellos, desfilan ante sus ojos imágenes de años peligrosos y convulsos que han quedado atrás, las acompañan de alguna palabra, alguna frase corta, que se clavan en el silencio como agujas largas y frías, que no obstante dejan quemaduras ardientes alrededor de las cuales flota el vaho de una época remota. Bajan las cabezas, porque este pasado los une más que cualquier cosa del presente, por un instante son veinte años más jóvenes, los Rudić son personas en la plenitud de sus fuerzas, profundamente absortas la una en la otra y entregadas con desespero a la salvación de su único hijo; Sergije es un muchacho salvaje, deseoso de rebelarse, de lanzarse al mundo que lo rodea, que de repente ve nítido y claro como nunca. «Sí, sí», dicen por fin cada uno para sí mismo, enredados en los hilos recobrados del pasado, de los que ninguno habla con los demás porque sienten que son personales y contradictorios con las ajenas; esta sensación los separa de nuevo y los lleva al presente. Es tarde, casi medianoche; la madre, agotada, tiene los hombros caídos a pesar de que se esfuerza por seguir despierta, ya que quiere estar con su hijo tanto como sea posible; el padre apura el vaso de vino, aturdiéndose premeditadamente para afrontar la soledad que

lo espera con su mujer. Sergije lo adivina, percibe que entre ellos, encima de la mesa, en vez del olor a grasa que se ha evaporado planea el tufo del odio y de la atracción involuntaria, se estremece y anuncia que ya es hora de dormir. Se levantan, la madre se apresura a llevar la ropa de cama a la habitación del hijo, mientras él y el padre se retiran a un lado para no molestar. Todavía se encuentran, se rozan, delante del baño, intercambiando suspiros y palmaditas en la espalda, primero el hijo y la madre, mientras corre el agua, luego el padre y el hijo, aunque la madre los regaña, los llama, y ellos se despiden, dos hombres, uno de los cuales todavía tendrá que rendir cuentas por los errores cometidos hoy, y el otro, en soledad, oirá e intentará descifrar los datos que le susurran los ruidos conocidos, dolorosos, ahogados de la casa.